

petición, y rompiendo el juramento prestado, dieron según el uso antiguo un jefe a la Iglesia en la persona del piadoso y digno Benedicto V. Oton tomó inmediatamente medidas, presentándose con un poderoso ejército delante de Roma, cuyos alrededores sintieron los efectos de su cólera. Pronto se desanimó la población, que, en 23 de junio, se rindió y entregó a Benedicto V. El emperador y Leon VIII celebraron entonces juntos un sínodo en la iglesia de San Juan de Letran, cuyo principal objeto fué el procesamiento de Benedicto V, á quien no podía echarse en cara más que el hecho de haberse prestado á ser elegido para dar á la Iglesia cierta independencia respecto del imperio y conservar á favor de ella por lo menos un derecho limitado de resolver los asuntos exclusivamente eclesiásticos. Entonces desapareció el último vestigio de independencia, y la Iglesia se sometió incondicionalmente al yugo de la soberanía imperial desde el momento en que Benedicto dobló la rodilla ante Oton y exclamó, en tono de súplica: «Si he pecado en algo, compadecéos de mí.» El emperador se inclinaba á la clemencia, pero esta virtud era desconocida para sus aliados eclesiásticos: Benedicto fué destituido como usurpador de la Sede pontificia y desterrado á Alemania. Nunca se había visto el pontificado en tal estado de dependencia: sus privilegios eclesiásticos fueron puestos al servicio del imperio y sus pretensiones jerárquicas no tuvieron más importancia que la de poder servir á los ambiciosos planes del emperador. Esta situación no estaba en armonía con la naturaleza de las cosas y por lo tanto era imposible que subsistiera con el tiempo. Aun aquellos romanos que ninguna simpatía tenían á la persona de Juan XII y al mundanizado pontificado de las últimas décadas, y que habían deseado y solicitado la intervención del enérgico monarca alemán para librar á la Iglesia de la servidumbre en que había caído desde los tiempos de Marozia y de Teodora, no habían querido que el cambio llegara hasta tal extremo. Por otra parte, aquel estado de cosas era tanto más pesado para los romanos, cuanto que á pesar de toda su decadencia y desmoralización, se consideraban respecto de los alemanes como representantes de una civilización más elevada y se presentaban, no sin razón, como los herederos de la cultura de la antigüedad romana. Comparábase lo que entonces ocurría con los horrores que la invasión de las hordas germanas habían atraído sobre Italia y sobre Roma en la época de la irrupción de los bárbaros y se lamentaba la humillación que se padecía bajo la dominación de los nuevos bárbaros del Norte.

Entretanto, en la Alta Italia, Berenguer era completamente derrotado por las armas alemanas y conducido como prisionero de Estado al otro lado de los Alpes, mientras su hijo Adalberto huía á Córcega para buscar auxilios de árabes y griegos. Oton, coronado de gloria y dueño de un poder desconocido, regresó á Alemania, donde todo el mundo se inclinó respetuoso ante él. Pero en Italia continuó la agitación, y allí la soberanía de Oton se vió amenazada muy pronto de grave peligro. Cuando, á la muerte del papa Leon VIII, los emisarios imperiales eligieron papa á Juan XIII, que por su severidad se hizo odioso á la rebelde nobleza romana, estalló á fines del año 965 una sublevación, durante la cual fué maltratado y encarcelado el papa imperial. Al propio tiempo, Adalberto levantó de nuevo en la Lombardia la bandera de la rebelión, apoyado por algunos obispos. La soberanía de Oton sobre Italia y sobre Roma estaba en jaque y su destrucción amenazaba también el orden de cosas de Alemania que sobre ella se fundaba. En su consecuencia el emperador se dirigió apresuradamente hácia el Sur, y su aparición bastó para que á su alrededor se agruparan sus antiguos partidarios, con lo cual pudo marchar

en seguida sobre Roma. Entonces el partido alemán se puso en movimiento, y empuñando las armas logró vencer á su adversario, de suerte que antes de que llegara Oton ya estaba repuesto en su dignidad Juan XIII. A pesar de esto se constituyó un severo tribunal en la rebelde ciudad: los jefes de la rebelión terminaron su vida en el tormento, el prefecto de la ciudad fué ignominiosamente destituido y desterrado, y ni siquiera se respetó el silencio de los sepulcros en que descansaban los principales culpables que habían fallecido. Helada de terror sometióse la humillada ciudad á los terribles rigores del soberano del Norte, sintiendo abrasadas sus mejillas por el fuego de la humillación vergonzosa que hundía en el polvo á la que había sido considerada como cabeza de la tierra. Los vencidos obedecieron temblando de cólera, y ardiendo, al propio tiempo, en deseos de próxima venganza; de suerte que la soberanía de Oton, aunque consolidada, al parecer, sobre la ciudad eterna, se asentaba sobre cimientos muy poco seguros. Algunos decían que la soberanía de los bárbaros del Norte, implantada á costa de sangre y de horrores, era el principio de la ruina completa de los restos de la civilización romana. Desde el convento de la montaña de Sorakte, el monje Benedicto expresó este pensamiento con un lenguaje rudo, reflejo de la barbarie de aquellos tiempos, aunque con palabras sentidas y gráficas: «Por el pueblo de los alemanes, dice dirigiéndose á la ciudad de Roma, has sido tomada: ¡eras demasiado hermosa! ¡Ay de tí, ciudad leonina, el rey de los sajones te sepultará en el olvido!» En aquella generación degradada conservábase todavía el antiguo orgullo romano contra los bárbaros alemanes. Como era natural, se repuso al papa Juan XIII; el vencedor no perdonó nada que pudiera molestar á los abatidos romanos. Una nueva prueba de la dependencia en que el pontificado se encontraba respecto del imperio, fué el hecho de que cuando Oton se encaminó hácia el Norte, Juan XIII le acompañó cual si fuera un miembro de su corte eclesiástica. Durante la Pascua del año 967, celebróse en Rávena un sínodo: Oton, al devolver á la Iglesia romana el territorio de Rávena, cumplió la promesa anteriormente hecha de restablecer por completo los Estados eclesiásticos, reteniendo, sin embargo, el ejercicio de los derechos de soberanía sobre la parte devuelta. La Iglesia agradecida le prestó espontáneamente su apoyo para llevar á cabo su plan, durante mucho tiempo meditado. El día 20 de abril del año 967 confirmó el papa Juan XIII el arzobispado de Magdeburgo creado por Oton, cuyo reconocimiento definitivo significaba una nueva victoria del emperador sobre el clero alemán y especialmente sobre la iglesia de Maguncia, cuyo arzobispo Guillermo había combatido con todas sus fuerzas la nueva creación. En el documento de confirmación, Juan XIII ensalzó con frases laudatorias los servicios por el emperador prestados á la Iglesia romana: según ellas, Roma, cabeza de la tierra y residencia de la Iglesia universal, había sido arruinada por algunos criminales y salvada por el emperador coronado y tres veces bendecido por Dios. Además ponían al rey alemán al lado de Constantino y de Carlomagno y lo designaban como el tercero de los monarcas que habían contribuido á hermo-sear y levantar la Iglesia.

Esta aduladora alabanza no era del todo injustificada, pero á pesar de toda la hermosura y todo el realce que se decían dados á la Iglesia, esta se encontraba en un grado de dependencia á que nunca había llegado y se veía obligada como nunca á prestar incondicionales servicios. En efecto, su embellecimiento y su realce no se habían realizado por simple consideración á ella: la Iglesia no era más que un medio para realzar más y más al restablecido imperio y para embellecerlo de un modo más brillante; la Iglesia era simplemente

te el escabel del trono desde el cual el emperador pensaba dominar al mundo. Oton se aferraba clara y distintamente á las tradiciones del imperio romano universal. Lo que Arnulfo había proyectado y Conrado I intentado; lo que á ambos había conducido á un peligroso conflicto entre las tendencias nacionales y las universales, haciéndoles dependientes de la Iglesia y enemistándoles con los príncipes de la tierra, se veía á la sazón realizado en una organización colosal de la Iglesia y del Estado que abarcaba y unía á todo el mundo cristiano de las razas romana y germánica. Este nuevo Estado divino, regido por el emperador, quería ser el adalid del mundo cristiano contra el no cristiano: hacia años que lo estaba siendo en el Saale, en el Havel y el Elba, en el Eider y en las fronteras vacilantes de la marca oriental contra los húngaros, y lo era también contra los árabes desde que había hecho avanzar sus fronteras hasta los límites meridionales de los Estados de la Iglesia. Esto, sin embargo, le obligó á contraer nuevas obligaciones y á cumplir nuevos deberes. En la Baja Italia era preciso tomar posiciones enfrente del helenismo, pues á pesar de la diferencia de religión, las poderosas tradiciones del imperio romano aconsejaban una inteligencia con Constantinopla para resistir á los mahometanos. Por otra parte, era natural consecuencia de lo hasta entonces conseguido, y en previsión necesaria de lo que acontecer pudiera, que Oton extendiera su soberanía hasta el estrecho de Mesina; por eso se alió con la corte bizantina, donde reinaba Nicéforo Focas, cuyas excelentes dotes militares y políticas hacían esperar cordial inteligencia.

En aquel mismo tiempo ocurrió otro suceso que prometía hacer entrar por una senda firme y regular al imperio germano-romano fundado por Oton. Cuando este regresó de Rávena á Lombardia reunióse allí con su hijo Oton II, que á la sazón contaba trece años. Juntos celebraron, en el otoño del año 967, una brillante dieta en Verona, que parecía destinada á inaugurar para Italia una era de orden y de legalidad y por tanto de prosperidad económica y de florecimiento intelectual. Juntos se dirigieron luego á Roma, donde fueron respetuosamente recibidos por Juan XIII y acogidos con júbilo por el pueblo, al cual halagaba sobremanera la idea de ver nuevamente elevada su ciudad á centro del mundo civilizado. El día de Navidad del año 967 fué Oton II coronado emperador romano en la iglesia de San Pedro; de esta suerte, se expresaba el carácter hereditario del imperio de un modo enteramente distinto de lo que lo había sido por la coronación de Lotario al lado de Ludovico Pio, el cual había sido coronado también antes de la muerte de su gran padre. En esta dependencia en que la Iglesia y el gobierno estaban respecto de la autoridad de Oton no había siquiera la apariencia de que el pontificado hubiese puesto la corona imperial en las sienes del joven sajón por su propia voluntad y en virtud del derecho que de disponer de ella tenía. La transmisión hereditaria de la corona imperial suponía la transmisión hereditaria de la corona de Alemania. De esta suerte gobernaron el imperio desde Navidad del año 967, el padre y el hijo, ambos reyes y emperadores ambos, dándose un caso que no se había ofrecido hasta entonces y que no volvió á ofrecerse más. La coronación imperial de Oton I, á semejanza de la de Carlomagno, había añadido simplemente á una potencia ya existente y reconocida á fuerza de difíciles luchas el nombre que su extensión y modo de ser se merecía; pero aquel imperio hereditario en el padre y en el hijo que á la sazón se ofrecía al mundo y que era enteramente contrario al orden de cosas que hasta entonces había existido en el orbe cristiano, ofrecía una serie de nuevas exigencias, recibía su importancia menos de su origen especial que de las perspectivas que hacia entre-

ver, y no era tanto el resultado natural de una evolución meditada como el punto de partida de un nuevo orden de cosas en Occidente. El reconocimiento de los derechos que resultaban de esta nueva forma dada al imperio de Oton no debía conseguirse naturalmente sin difíciles luchas: así fué, y una vez reconocidos, en virtud de circunstancias favorables, todavía era indudable que se necesitaba seguir luchando para conservarlos.

Inmediatamente se trató del porvenir de la Baja Italia, cuyo ingreso en esta alianza del imperio constituía una necesidad militar y política, pues una dominación universal que continuara las grandes tradiciones del imperio romano no podía contentarse con una parte de Italia ni tolerar la presencia de mahometanos y de griegos en una península que debía ser el centro del imperio universal. Oton había ya conseguido hacer feudatario suyo al belicoso príncipe Pandolfo de Cápua y de Benevento, á quien hizo cesión de Spoleto y Camerino, con lo cual creó en aquellos territorios una marca contra los ataques de los árabes. Esto originó el rompimiento con la corte de Constantinopla, con la cual en vano quiso Oton, en 968, entrar de nuevo en inteligencia por conducto del obispo Liutprando. A estos nuevos adversarios, contra los cuales marchó Oton en persona, se unieron muy pronto los restos aun existentes de los que de antiguo se oponían á la soberanía sajona. Los hijos del prisionero Berenguer, Adalberto y Conrado, reanudaron en el Sur, como aliados de los mahometanos y de los griegos, la lucha contra el vencedor de su padre. Por aquel tiempo, sin embargo, ocurrió en el Bósforo un cambio en el trono que abrió anchos horizontes al imperio de los otones. La caída de Nicéforo Focas y el entronizamiento de su primo Juan Zimisces dieron en aquel imperio la preponderancia á los partidarios de la alianza alemana, y entonces la corte bizantina solicitó la amistad de Oton y ofreció al joven emperador la mano de Teofana, hija del emperador Romano II, que aportaba como dote la Baja Italia griega. En la primavera del año 972 la novia imperial se dirigió, acompañada de brillante séquito, al Oeste. Teofana, que contaba entonces diez y seis años, después de haber sido coronada por el papa Juan XIII emperatriz y reina, fué casada, á mediados de abril, con Oton II, cuya edad no pasaba de los diez y ocho, celebrándose con grandes fiestas en Roma la nupcial ceremonia. El esplendor y poderío del imperio de los otones no podía presentarse de una manera más brillante que en aquella ocasión, en la cual el emperador de Occidente hacía suya á la hermosa griega, que parecía ser garantía de paz y amistad entre las dos mitades del mundo y añadía, con la posesión de la Baja Italia, un nuevo título de derecho á la soberanía universal. El sucesor de San Pedro en persona bendijo el matrimonio y los magnates laicos y eclesiásticos de aquende y allende los Alpes rivalizaron en servir á los jóvenes desposados. Al esplendor de las bodas y á la importancia de la alianza por ellas consumada, correspondió el rico esponsalicio que el joven emperador hizo á su esposa y que estaba extendido con letras de oro en un artístico pergamino de púrpura, cuyo documento constituye una de las preciosidades del archivo de Wolfenbutel.

Oton I creyó entonces terminado felizmente el orgulloso edificio de la dominación universal. Italia estaba tranquila; en Roma y en su Iglesia, la voluntad imperial era ley; Alemania esperaba obediente al triunfador cubierto de gloria, cuya autoridad por medio de Hermann Billing, vencedor de los wendos, y del marqués Gero, se extendía hasta las comarcas de Oriente, antiguamente paganas, y cuyo nombre era con respeto repetido más allá de las fronteras de los Estados cristianos, como el del más poderoso soberano de la

época. Pero á pesar de que su soberanía llevaba impreso el sello de tendencias universales, Oton siguió siendo alemán y especialmente sajón; y por eso regresó con gusto al país de donde había salido, como si el presentimiento de un fin cercano le asaltara y le impulsara á arreglar y poner en orden cuanto antes sus negocios. El número de sus íntimos y de los que en sus trabajos le auxiliaban se había disminuido grandemente. Su hermano Enrique, que había fallecido poco despues de la campaña húngara, no había podido ver las glorias de los últimos veinte años; una prematura muerte había arrebatado al hijo natural de Oton, Guillermo, arzobispo de Maguncia; pocos días despues de este, falleció Matilde, la madre del emperador, y cuando en marzo del año 973 volvió Oton al palacio de Quedlinburgo fué triste testigo de la muerte del fiel Hermann Billing (27 de marzo). La plenitud de poder de que disponía apenas distrajo su alma de estos últimos disgustos. Además de los príncipes del reino, laicos y eclesiásticos, que en gran número allí acudieron, prestaron homenaje ante el trono del emperador los duques de Polonia y de Bohemia; las embajadas procedentes de lejanas tierras, de Roma, de Benevento, de la corte bizantina, de Dinamarca, de Hungría, de Bulgaria y de Rusia, hicieron comprender al admirado pueblo que su duque era realmente soberano de un imperio universal. Desde Quedlinburgo, cuyo convento por él fundado y ricamente dotado estaba presidido por su hija Matilde, jóven abadesa, única hermana de Oton II, —visitó de nuevo el emperador los palacios y templos sajones. Desde Merseburgo se dirigió á Memleben, donde celebró la fiesta de Pentecostés y donde encontró rápida y dulce muerte, á la sazón en que contaba sesenta y dos años. En la noche del 6 de mayo, día que había pasado trabajando y en perfecto estado de salud, al levantarse de la mesa y al ir á hacer sus rezos nocturnos, se sintió atacado de una fiebre tan violenta, que apenas dió tiempo para sentarle en una silla. Al ver que le faltaban rápidamente las fuerzas y al comprender que se acercaba su fin, recibió el viático y aquella misma noche exhaló el último suspiro. Profundamente contristado, el pueblo rodeó inmediatamente el palacio de Memleben, comprendiendo que con la muerte del fundador del nuevo Estado y del nuevo imperio estos quedaban entregados á difíciles conmociones. El cadáver del gran emperador fué embalsamado y enterrado con gran pompa, á principios de junio, en la catedral de San Mauricio de Magdeburgo, fundación favorita de Oton, al lado de Edita.

El reinado de Oton, que duró treinta y siete años, dejó indelebles huellas en la historia de Alemania y en la del Occidente cristiano, por mas que algo de lo que el emperador había creado sucumbió ante los embates de los tiempos que siguieron. Oton había creado en el nuevo imperio romano el sistema, político y religioso á la par, que dominó y reguló, durante tres siglos, el desenvolvimiento del imperio italiano-alemán y el de todos los Estados de Occidente, y que aun decrepito y caído en desuso, ejerció una poderosa influencia, hasta el punto de que por una parte al tratarse de reformar el Estado y la Iglesia se hizo aplicación de sus principios, y por otra se hicieron todos los esfuerzos posibles para libertar al Estado y á la Iglesia de Occidente de las cadenas felizmente rotas del sistema imperial. La lucha en pro y en contra del orden de cosas por Oton creado constituye la parte esencial de la historia de Occidente hasta mediados del siglo xv.

El imperio de Carlomagno había tenido un carácter puramente ideal; el de Oton revestía un carácter de poder real, pues significaba la soberanía sobre la Iglesia, pero no en aquel sentido ideal y moral que hizo de Carlomagno el pa-

trono y protector de la Iglesia, sino en el de una verdadera y completa soberanía. Oton I no se había propuesto este objetivo desde los primeros tiempos de su reinado, sino que la necesidad de conseguirlo se le había impuesto despues de largas y difíciles luchas. Desde que había desaparecido la unidad entre francos y sajones, que había servido de base al reinado de Enrique I, Oton había buscado y encontrado en la Iglesia alemana los medios necesarios para sojuzgar á los ducados de raza. Pero cuando vió que la Iglesia se le resistía, que los obispos alemanes querían libertarse de la grave carga que sobre ellos pesaba y que le abandonaban enfrente de la rebelión de Eberhardo y de Giselberto, conoció que únicamente con el auxilio del supremo obispo podría llegar á vencer á los rebeldes. También el pontificado, movido por intereses terrenales, quiso negarle su ayuda, de suerte que solo sometién-dole á la fuerza podía conseguirse la sumisión de la Iglesia alemana á la monarquía. Indudablemente Oton, con esta política, se opuso á la corriente que en aquellos tiempos se notaba y que en el seno de la Iglesia tenía sus representantes en los cluniacenses. La soberanía sobre la Iglesia, á consecuencia de la cual el papa se convertía en funcionario imperial, fué el fundamento del imperio de Oton, y de ella dependía su conservación en lo sucesivo. El sistema de los cluniacenses, al principio estrechamente unido al imperio universal, vió al fin en esta soberanía del Estado sobre la Iglesia una causa de malestar insoportable y la combatió como un error contrario á los mandatos de Dios. Así estos dos poderes hasta entonces unidos llegaron á verse en un conflicto de capital importancia, cuya resolución debía decidir de la suerte del imperio. Esta resolución fué despues contraria al poder imperial, y por eso se la calificó de grave error político y de suceso funesto para Alemania, haciendo pesar sobre Oton el Grande toda la responsabilidad. Pero en contestación á esta opinión, puede formularse la siguiente pregunta: ¿Cuál hubiera sido la suerte del desenvolvimiento de Alemania sin Oton el Grande y sin su política imperial? Antes de él no existía el pueblo alemán, no existía una nación alemana animada del sentimiento de unidad, dentro de la cual desaparecieran todas las diferencias de raza: con él nació la denominación del pueblo alemán. La unidad por otra parte debía buscarse en mas elevadas esferas, y una de ellas era la Iglesia, en la cual pudo encontrar la expresión, aun mas marcada que en tiempo de Carlomagno, de todo aquello que tenían de común las razas alemanas, con lo cual reguló y en cierto modo formuló las relaciones entre estas razas y los romanos, eslavos, griegos y mahometanos. Por otros medios distintos de aquellos á que apeló Oton hubiera sido imposible toda unión de las razas alemanas para una vida común.

Bajo otro punto de vista, también la alianza de Alemania con la Iglesia, que en Roma tenía su asiento y que desde ella había de ser dirigida, constituía una necesidad y llegó á ser fuente de prosperidad para el imperio alemán. La Iglesia, en otro sentido mas práctico y mas real que en tiempo de Carlomagno, era á los ojos de Oton la potencia de la cual dependía el porvenir de Alemania, no solo el espiritual, científico y literario, sino también el económico, que exigía nuevamente las mayores atenciones. Oton I, haciendo la guerra con los soldados y los vasallos de la Iglesia, atendiendo con los fondos de esta á las necesidades de su gobierno, y confiando á los obispos, como funcionarios suyos, la administración y la política, inició, por medio de la Iglesia, una nueva era en la vida económica de Alemania. Hombres libres y siervos acudían en gran número á los territorios eclesiásticos, aumentados rápidamente por las donaciones de Oton, para disfrutar de las ventajas que consigo llevaba el

depende de una administración eclesiástica. Entonces se comprendió por vez primera que era bueno vivir bajo la dominación de un báculo, y muchos millares de personas quisieron de ello hacer la prueba. Los que podían, huían de la dura administración laica, y bajo la protección de los derechos señoriales de los obispos y de los monasterios, no solo adquirió la agricultura extraordinaria importancia, sino que también prosperó el germen de la vida municipal y se fomentó la actividad industrial y manufacturera. Esta novedad, unida al desenvolvimiento del feudalismo, fué causa de una división social hasta entonces desconocida en Alemania, en virtud de la cual la clase de los guerreros se distinguió de la gran masa de los industriales. La clase militar

se componía de los vasallos de los magnates laicos y eclesiásticos, que servían con su lanza, espada y escudo á cambio de las tierras que les habían sido concedidas. La clase productora se formaba de la gran masa de agricultores que, dueños de su libertad, buscaban especialmente la protección eclesiástica para eximirse del servicio militar y poderse dedicar por entero á su pacífico trabajo. Esta separación permitió á Alemania sostener continuamente guerras en el Este, en el Norte y en el Sur, y prosperar, al mismo tiempo, bajo el punto de vista económico, comenzando así á levantarse de la pobreza y desolación en que se veía sumida. Pero también fué causa de cierto antagonismo en el desenvolvimiento de la sociedad alemana, pues las mas de las veces



Estatuas del emperador Oton I y de su primera esposa Edita, en la catedral de Magdeburgo

los intereses de la clase guerrera eran muy distintos de los de la clase productora, de lo cual se originaba una oposición entre ambas que cada vez mas alejaba á la una de la otra. La nobleza feudal y guerrera, que tanto gustaba de la lucha, deseaba y procuraba lo mismo que pretendían evitar el labrador, aferrado á su terruño, el manufacturero, el industrial y el mercader. ¿Qué tendencia saldría vencedora y dominaría el porvenir de Alemania? Esto dependía del desarrollo de la monarquía y del giro que tomasen sus relaciones con la Iglesia, que entonces estaba á su servicio. Entonces fué cuando se sembraron las semillas de todos los grandes antagonismos que el pueblo alemán tuvo que destruir en los tiempos que siguieron, y así como la historia de los Estados de Occidente, hasta mediados del siglo XIII, se basa en las relaciones por Oton creadas entre el Estado y la Iglesia, del mismo modo los desórdenes interiores que desgarraron la Alemania durante los dos siguientes siglos, tuvieron su origen en el antagonismo, entonces creado, entre la nobleza guerrera y los ciudadanos y labradores, que comenzaban á prosperar bajo la protección de los báculos episcopales. Pero

todas estas luchas quedaron sofocadas por la gran contienda que estalló entre las tendencias nacionales y las universales, contienda que había echado sus raíces en la monarquía y en el imperio.

El cambio ocurrido en el trono puso de manifiesto que, á pesar del curso tranquilo de los últimos años del reinado de Oton, existía todavía cierta agitación que, al ser dominada, descubría nuevos antagonismos, de los cuales nacían nuevas contiendas. El jóven soberano, que contaba diez y nueve años y que debía gobernar por sí solo el imperio, consideró peligroso el poderío que había alcanzado en la Alemania septentrional el ducado de Baviera. Al frente de este se encontraba Judith, la enérgica viuda del duque Enrique; su hijo, el jóven duque, se había casado con una sobrina de la emperatriz viuda Adelaida é hija de Conrado, rey de Borgoña; su hija Eduvigis había dado su mano al anciano Burkhardo II de Suabia y esperaba que, á la muerte de su esposo, podría mandar en este ducado. Las sedes episcopales del Sudeste del imperio, especialmente las de Augsburgo, Passau y Freising, estaban ocupadas por parientes ó